

LEKEITIO ES YA DE ESPAÑA

1937ko APIRILAREN 28an sartu ziren tropa nazionalak, Erreketeak eta Gezi Beltzak, Lekeitio. Zorionez ez zen odolik isuri Lekeitio ordurako hustuta baitzegoen. Hor doazkizue hurrengo egunetan idatzi ziren kronika batzuk. Egia esateko gauza gutxi, ez zuen Lekeitio orduan garrantzirik eta. Eibar, Durango eta batez ere Gernikaz hitz egin zen hurrengo egunotan, Jakina, Lekeitio gertaretaz jakiteko aurrerantzean egunkari "errebeldeen" bertsioekin konformatu beharko dugu.



Aunque Bilbao no se rinda caerá inevitablemente en poder de España por derecho de conquista



Saludo a Franco: ¡Arriba España!!

Ayer entraron nuestras invencibles tropas en Durango y Lekeitio

También fueron liberados Luarca, Marín, Yurreta, Estarres, Amoroto, Arbaliste, Guericola, Cenarriza, Calamendi, Lequeitio, Motroin, Camposa, Antezita, Berrayo, la ermita de San Cristóbal, Zaharri, Errecha y Monte Garroin



¡Arriba España!

Las salvajadas de...



¡Saludo a Franco: ¡Arriba España!

¡DESPUES DE UN BRILLANTE COMBATE, HA SIDO RECONQUISTADA GUERNICA

ido hecho prisionero el jefe mandaba la división roja

El vecindario de los pueblos conquistados sigue todavía bajo la impresión de nuevo meses de terror rojo-separalista

Rara es la familia a la que no han anulado con algún asesinato

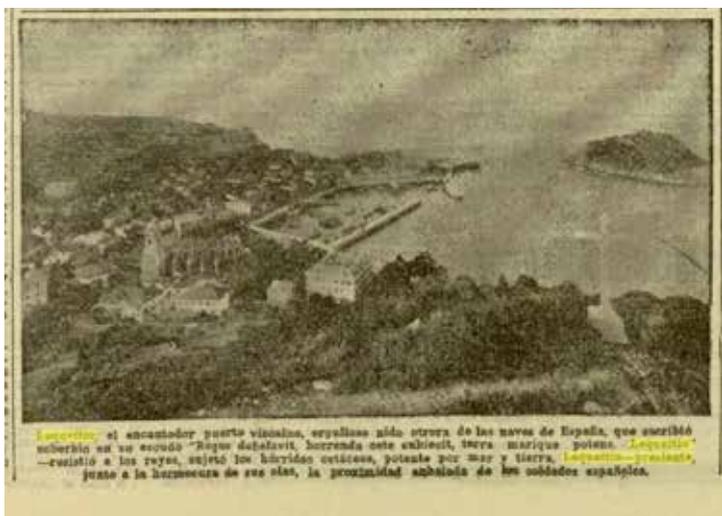


El vecindario de los pueblos conquistados sigue todavía bajo la impresión de nuevo meses de terror rojo-separalista

Rara es la familia a la que no han anulado con algún asesinato

El mundo mira hoy a España como árbitro de la Paz futura.

La Bandera española ¡Arriba España!



La Voz de España, 1937-4-28

Lekeitio, el encantador puerto vizcaíno, orgulloso nido otrora de las naves de España, que escribió en su escudo "Reges debelavit, horrenda cete subiecit, terra marique potens, Lekeitio" —resistió a los reyes, sujetó los hórridos cetáceos, potente por mar y tierra, Lekeitio— presente, junto a la hermosura de sus olas, la proximidad anhelada de los soldados españoles.



Unidad, 1937-4-28

UNIDAD, 1937-4-28 LOS ROJO-SEPARATISTAS HAN INCENDIADO LEQUEITIO Y GUERNICA

El mundo no debe dejarse engañar por las mentiras de las radios de Valencia y Bilbao

Combatientes vascos que han huido del campo rojo y que llegan hasta nuestras fuerzas que aún no han entrado en Lekeitio, comunican que las tropas rojas, antes de retirarse de este pueblo y de Guernica, han incendiado ambas poblaciones, siguiendo sus normas tan salvajes como bárbaras.

El mundo no debe dejarse engañar por las calumnias e inexactitudes de las radios rojas y de los Gobiernos de Euzkadi y de Valencia, que, una vez más, tratan de atribuir a los nacionales la destrucción y los incendios que ellos mismos realizan. Ni ayer ni hoy ha volado la aviación española debido al mal tiempo, ni se llevaron a cabo operaciones de bombardeo sin objetivo de que carecen Lekeitio y Guernica en estos momentos. Que conste que los incendios que provocan los marxistas en las ciudades que abandonan, son obra exclusiva de la barbarie roja. La lucha en el frente de Vizcaya continúa localizada en el sector de las operaciones inmediatas.

LA VOZ DE ESPAÑA, 1937-4-30 (12. or.)

AIRE DE FIESTA EN LEQUEITIO

En Lekeitio, las muestras de la dominación roja, también son escasas. Tan solo unos cuantos edificios han sido incendiados. El resto de la población ofrece aspecto normal.

Los carteles de propaganda de las milicias cubren ya las paredes. Los barrenderos se dedican incansablemente a limpiar la población de los detritus marxistas. Y las gentes todas del pueblo, paseando toda su alegría por las calles, les dan un aire de algaraza y fiesta.

Tampoco aquí encontramos demasiados datos de interés informativo. Y como la hora de almorzar se echa encima, marchamos a Ondárroa, ya que el menú de garbanzos y arroz —únicos alimentos de la población durante el periodo de la dominación marxista— que nos ofrecen, no nos acaba de convencer.

LA VOZ DE ESPAÑA, 1937-5-1 (5. or.)

He visitado hoy Lekeitio. Allí los rojo-separatistas huyeron sin oponer ninguna resistencia, y con mucha prisa. Los deterioros en el pueblo son escasísimos. Solo hay dos o tres edificios destruidos. Los quemaron los rojo-separatistas. Uno de estos edificios, es el chalet donde veraneaba la Emperatriz Zita.

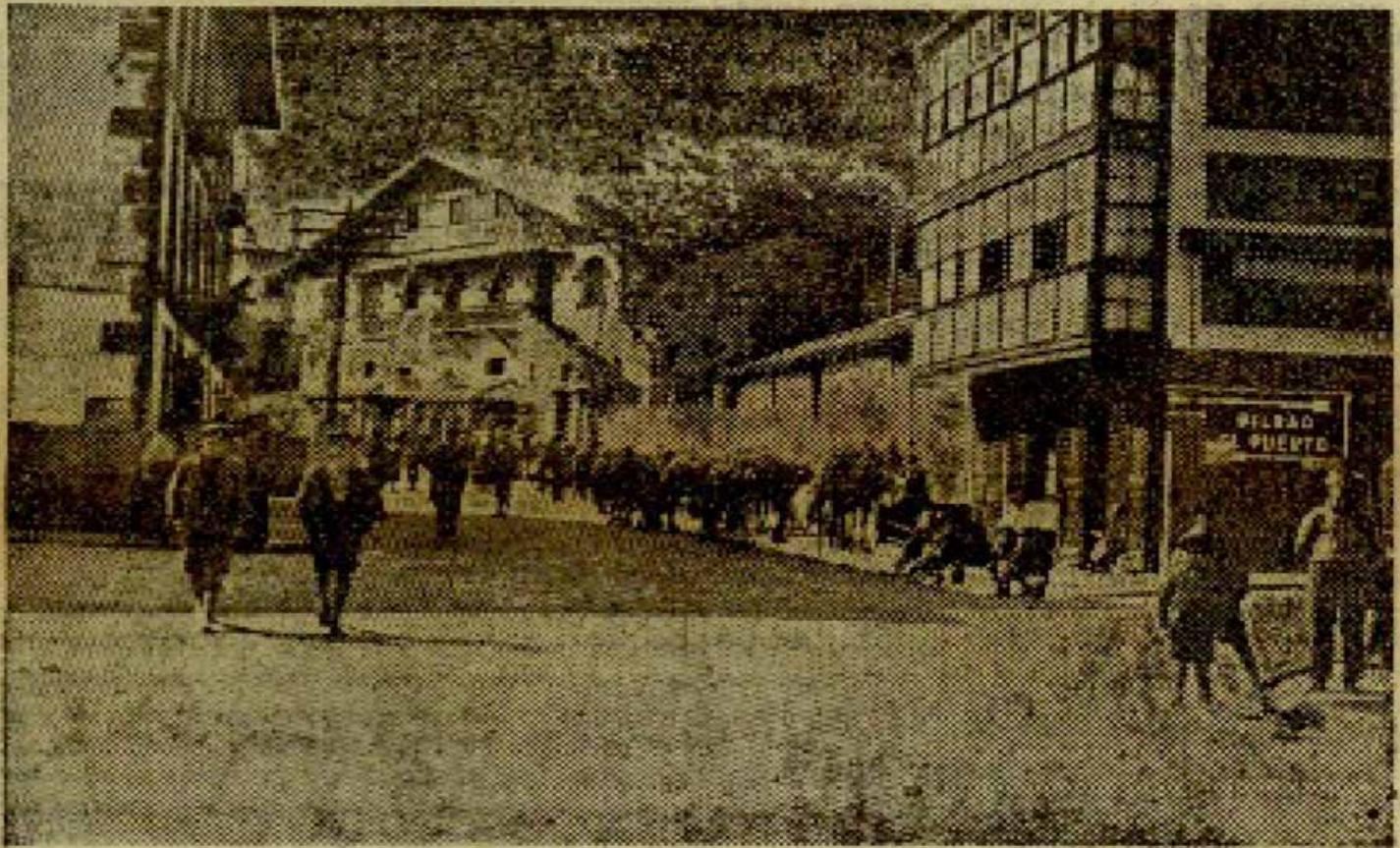
En cuanto al vecindario, se ha quedado todo el que ha podido, el enemigo, horas antes de huir, dio un plazo conminatorio para la evacuación que consideraba obligatorio para los hombres de 17 a 45 años. Entre los que han escapado figuran los empleados municipales a quienes les prometieron pagarles sus sueldos y jornales en Bilbao, donde se va a constituir el Ayuntamiento. En Bilbao están constituidas todas las Corporaciones públicas del País Vasco, y de Navarra. Como el terreno se les va limitando a grandes pasos, van a llegar momentos en que no tengan sitio para esas Corporaciones, de tipo jocoso, aunque constituyen una ridícula parodia.

JACINTO AIZPURUA

EL DIARIO VASCO, 1937-5-5

EL SALVAJISMO ROJO

En Lekeitio y en todos los pueblos de la comarca hemos recogido en abundancia testimonios del salvajismo rojo. De todas partes se han llevado por la fuerza a la población en masa; y en todas partes han robado, han saqueado y han asesinado. Gracias a la rapidez de la caída de Guernica primero, y de Bermeo después, temerosos de que la ocupación de la primera de dichas poblaciones les cerrase completamente el copo que les amenazaba, muchos caseríos y pueblos se han podido salvar de los excesos de los milicianos. Lekeitio no. Su población de 5.000 habitantes, había aumentado en otros dos mil a causa de la evacuación forzosa de las zonas que íbamos ocupando.



LEQUEITIO ES YA UNA POBLACION ALEJADA DE LA LINEA DE FUEGO, POR LA QUE PASEAN DESPREOCUPADAMENTE NUESTROS SOLDADOS EN SUS HORAS DE OCIO

Ahora no llegan a 3.000 los que quedan y de ellos mujeres, niños y ancianos la mayor parte. La víspera de llegar nuestras tropas se dio a las ocho de la noche un plazo de dos horas para que evacuasen el pueblo todos los hombres comprendidos entre los 18 y los 45 años. Apurado el plazo, grupos de milicianos registraron las casas pistola en mano en busca de los que se resistían a cumplir la orden. Dieron entre otros con dos médicos de las milicias que se habían escondido con el propósito de entregarse a nuestros soldados. Ambos médicos fueron muertos en el mismo lugar en que se les halló. La población está intacto (sic), pero las hordas bolcheviques han destruido los tres mejores edificios de Lekeitio: el palacio que ocupó la ex emperatriz Zita, el chalet llamado de Orúe y la casa propiedad de don Ramón Mendieta. Además saquearon y desvalijaron completamente el almacén de comestibles de la viuda de Longarte y la relojería de don Antonio Ituarte, de donde se llevaron todos los objetos de algún valor. El aspecto que hoy ofrece la población es tristísimo. Hambrientos, extenuados por las privaciones y sufrimientos se agrupan ante los puestos de nuestros servicios de Intendencia en busca de los alimentos que nuestro Ejército tan pródigamente reparte.

Gracias a lo que tan rápidamente ha llegado esta pobre gente no ha muerto de hambre. Porque en los últimos tiempos de dominación bolchevique la situación era más que espantosa. En el puerto no queda un solo barco, tan solo alguna minúscula lancha.

Todos se los llevaron camino de Bilbao mientras los obligados a abandonar sus hogares bajo la amenaza de una pistola, habían de seguir a pie el

camino de Guernica. Porque el único detalle que había olvidado el mando rojo para imponer sus órdenes de evacuación, era el de proveer los medios suficientes de transporte para llevarla a cabo.

LOGOS

LA VOZ DE ESPAÑA, 1937-5-12 (12. or.)

Pronto damos vista a Lekeitio la deliciosa plaza vizcaína. Apenas la guerra dejó huella en la orgullosa villa. Unos pocos edificios muestran las cicatrices de la batalla pero están apartados y si no se enseñan pasan inadvertidos al visitante. Además la rapidez del avance impidió que los rojo-separatistas consumaran la iniquidad perpetrada en tantos lugares de Vizcaya, de obligar a muchas gentes que de buena gana se quedarían, a que les acompañen en su huida, con lo cual no produce Lekeitio la sensación de soledad y vacío que dan otros pueblos menos afortunados.

UNIDAD, 1937-6-15

FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA DE LA JONS DE VIZCAYA EN LEQUEITIO

En terrenos contiguos al que hasta el 28 de abril fue Batzoki y hoy ocupa la Organización integrada por las dos fuerzas nacionales que unidas al ejército dieron el grito de liberación Patria, daba gozo ver más de 400 niños, alegres, satisfechos, consumir la comida extraordinaria que el AUXILIO SOCIAL les regalaba en el día grande organizado por la Jefatura local del más bello

pueblo vizcaíno. Antes se había celebrado el acto religioso de emoción sin límites frente a un mar azul, de un azul intenso que se confundía con el de las camisas gloriosas. Las boinas rojas, chasquidos de fuego sagrado, daban razón al poeta que dijo (en los pueblos también hay poeta) era ayer la plaza de Lequeitio un mar de amapolas.

Desde el balcón principal de la casa Ayuntamiento, magnífica fachada tantas veces profanada por la sucia propaganda separatista, unas alocuciones. Firmes, con la cabeza erguida y la mirada en nuestros jefes, una abigarrada multitud sigue entusiasmada el verbo de la nueva España. El alcalde, doctor Anduiza, en justos párrafos, ofrece el pueblo de Lequeitio a España, hoy representada en el Generalísimo Franco, Jefe Supremo de F. E. T. y de las J. O. N. S., en quien dice el alcalde debe y descansará la obra de reconstrucción Patria. Una ovación acogió sus últimas frases.

El infatigable Arriola, Jefe Local de Lequeitio, con sencillez y claridad meridiana, expuso a sus convecinos el contraste del Lequeitio separatista con el de ahora. El ambiente de odio que arruinaba a la clase pescadora y la paz que desde el 28 de abril, fecha de su liberación, se respira. En diferentes pasajes de su alocución fue interrumpido en clamorosas ovaciones.

José María Oriol, nuestro camarada Delegado-Jefe Provincial, es recibido con vítores y aplausos al presentarse al público. Palabra cálida, gesto de tribuno juvenil, de nueva España, sin latiguillos ni contorsiones a la que tanto nos tenían acostumbrados los antiguos políticos, hizo ayer en Lequeitio palpar los corazones a un ritmo más acelerado. Contestando al alcalde, que se lamentaba de su prematura vejez, dijo que la vejez no existe cuando se contempla el espectáculo de una España todo vigor y sacrificio. Un recuerdo al gran patriota Onésimo Redondo, hace correr por la plaza una ráfaga de emoción que se retrata en los semblantes de los guardias de asalto vallsolletanos que en Lequeitio esperan la entrada en Bilbao.

Hace resaltar la diferencia entre nuestras fuerzas y las hordas marxistas separatistas que en su odio a todo lo que representa arte y tradición entregaron a las llamas el soberbio Palacio de Uribarren, que un día acogió a la emperatriz Zita con beneplácito del mundo entero.

En arrebatadoras palabras, brotadas del corazón, recordó al gran caballero don Guillermo Wakoning, mártir de España, que aún siendo él súbdito austríaco, no dudo en ofrendar su vida en aras de nuestra santa causa. Incita a todos los varones de Lequeitio a empuñar las armas para que el marxismo-separatista desaparezca en sus raíces y vea España que es Lequeitio paladín decidido que honra sus lemas de NOBLE y ESFORZADO.

Termina con un canto a la bandera nacional que paseó sus colores rojo y gualda por todo el mundo entero y hoy la dan guardia de honor y de garantía, de nunca jamás se arriará, otras dos banderas. La de Requeté que también es Tradición y la de la Falange, que representa el brío de la nueva juventud creada por el AUSENTE, al que dedica un recuerdo cariñoso, no pudiendo oírse las últimas palabras ahogadas por clamorosa ovación.

Termina ensalzando la figura del generalísimo Franco, que con militares como el llorado Mola –un profundo silencio y brazos en alto rinden homenaje al vencedor de Bilbao– han triunfado sobre el comunismo internacional llevando a España por senderos de gloria, unificando el Requeté y la Falange Española.

Con el brazo en alto, extendido al estilo de Falange, invita al público a lanzar los ¡Viva España! ¡Arriba España! ¡Viva el Generalísimo Franco! ¡Viva Mola! ¡Viva la F. E. T. y de las JONS! ¡España Una! ¡España Grande! ¡España Libre! El señor Comandante militar de la Plaza, profundamente emocionado, cerró las alocuciones con unas frases patrióticas y entusiastas vivas que fueron coreadas al unísono.

¡¡LEQUEITIO ES YA DE ESPAÑA!!

Atzoko prentsa digitala
[w390w.gipuzkoa.net/
WAS/CORP/DKPA-
tzokoPrentsaWEB/
aurkibidea?path=%2F
izenburuAurkibidea](http://w390w.gipuzkoa.net/WAS/CORP/DKPA-tzokoPrentsaWEB/aurkibidea?path=%2FizenburuAurkibidea)



Biblioteca Nacional de España
hemerotecadigital.bne.es

EL PROGRESO (LUGO), 1937-6-16

Carta de un evadido de las hordas de Euzkadi
Lequeitio 12 de mayo de 1937.

Queridísimo hermano Salvador y queridísimos todos:

Hasta este momento no me ha sido posible robar unos instantes para escribirlos. Te aseguro que estoy agobiado pues ha caído sobre mí un trabajo abrumador, pero lo hago contentísimo, pues ahora trabajar por España y “dentro de España” es un placer que no podéis apreciar quienes tuvisteis la suerte inmensa de quedar desde el primer momento dentro de la verdadera Patria.

Dentro de quince o veinte días podré respirar con algo de tranquilidad y entonces dedicaré unos ratos a reflejar por escrito la odisea que hemos pasado en poder de esta chusma que Dios confunda. ¡Qué abismo entre la maldita tiranía del simio “kaka”! (léase Napoleanchu o José Antonio Aguirre) y el brillante amanecer de la nuestra reconquistada España! ¡¡Viva España, muieran los malvados antipatriotas!!

Hoy he asistido a la comida de ochocientos niños que “Auxilio de Invierno” mantiene en Lequeitio. ¡Pobrecitos atormentados por nueve meses de hambre y de veneno marxista! Devoraban con nueva luz en los ojos y en el alma, unas viandas que España les dedica como primaria demostración de la inmensa mentira y de las terribles tinieblas en que les iban conformando los salteadores de conciencias y los explotadores del ignorante. ¡Y pensar que la mayor parte de estos chiquillos, hoy ganadas para España, tienen a sus padres y hermanos enrolados en los ejércitos, dedicados a clavar las garras del terror, del crimen y del robo en la pequeña zona vizcaína que todavía es roja! Asesinas vulgares luchan contra nosotros y nosotros damos de comer a sus hijos. Qué elocuente y qué sublime, especialmente para quienes hemos sufrido toda clase de vejámenes, privaciones y persecuciones en poder de los corifeos de Kastanoski (generalísimo ruso en Bilbao que “agarra” unas curdas imponentes). A nosotros se nos negaba el derecho a la vida y se nos mataba de hambre, a sus hijos les asistimos gratuitamente y con amor cristiano los rescatamos para reconquistar su corazón y enderezar sus almas miserablemente robadas por los tiranos. ¡Viva España que así lo hace!

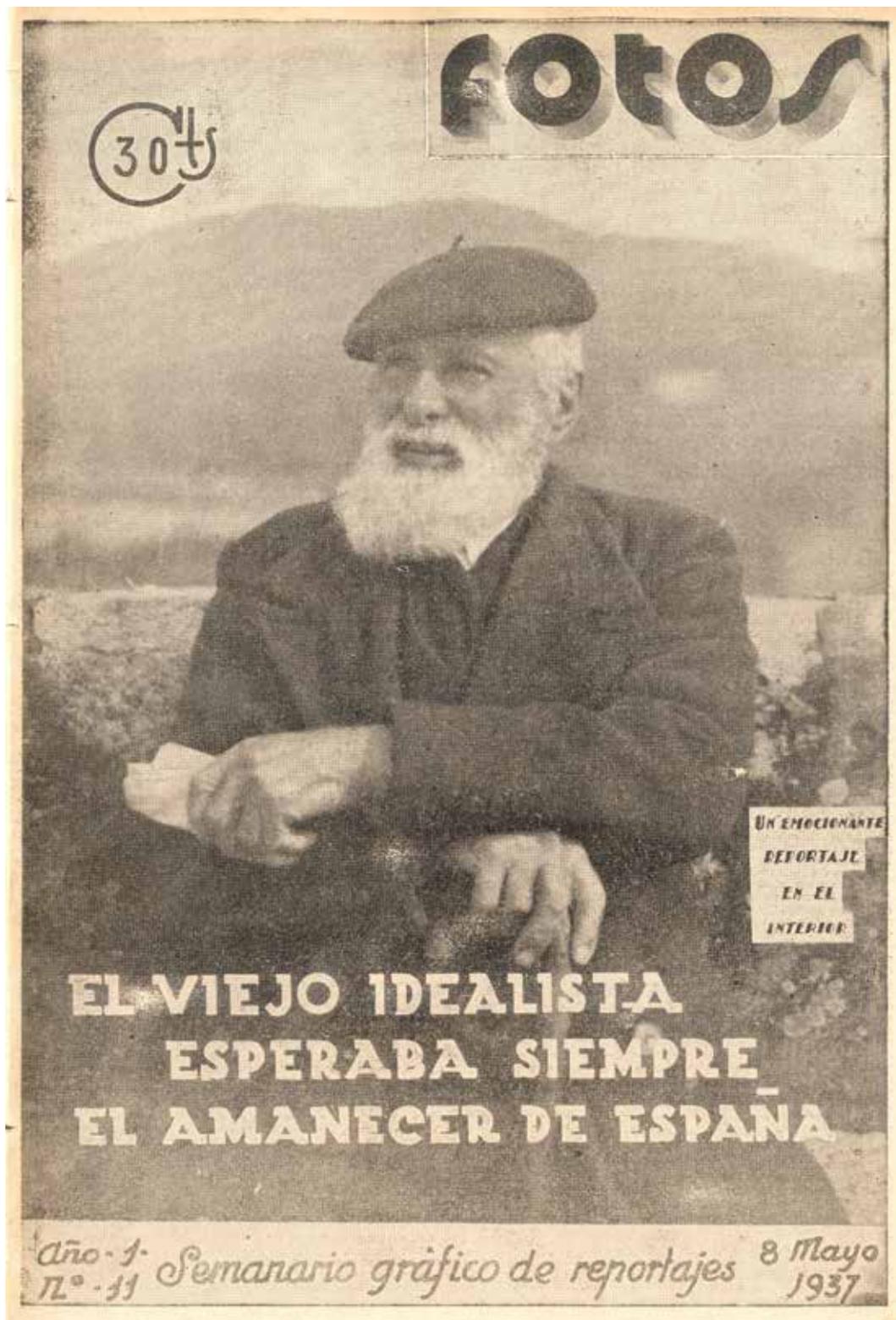
Te hablaría de estas cosas con muchísimo gusto y con verdadera necesidad, ya que este soliloquio me serviría de balbula (sic), de escape después de tan largos meses de forzado silencio, pero hoy no dispongo de tiempo y día llegará en que lo hagamos vis a vis con calma e intensidad.

De mis aventuras hay también tela cortada para rato. Sábetse que los sabuesos ruso-separatistas me acorralaron desde muy pronto para sancionar mis arraigadísimos sentimientos españolistas. Mi vida corrió riesgos terribles, al extremo de estar prestas las llaves del cementerio la noche trágica de la detención, pero a Dios gracias y en virtud del empuje arrollador de nuestro Ejército pudo saltar la barrera de pistolas y bayonetas que me separaban de mi verdadera Patria. De mis compañeros de calvario dos murieron asesinados en Bilbao y algunos no tuvieron mi suerte y siguen en poder de los bandidos. Para detenerme acordonaron la casa unos quince sinvergüenzas armados hasta los dientes y una circunstancia providencial nos hizo conservar la piel, pues ya habían decretado nuestro fusilamiento según después pude enterarme. La peregrinación a Bilbao a altas horas de la madrugada y en un camión desvenecado no es para descrita. Yo entonces me acordaba de los infelices conducidos a la Siberia. En rosario o cuerda de presos nos hicieron ir de Herodes a Pilatos, pues cada enchufista bilbaíno nos remitía a otro departamento y al cruzar las calles recibíamos el insulto y la amenaza de las mujercuelas inmundas y de los presidiarios sueltos que nos dedicaban lo mejor de su repertorio especialmente a dos virtuosos sacerdotes lequeitianos que merecieron conmigo el honor de sufrir por España. Por fin dimos con nuestros huesos en un sótano inhumano y lóbrego donde ya había otros muchos prisioneros y donde no se recibía del exterior ni luz, ni contacto. Allí permanecí más de un mes durmiendo en el duro y húmedo suelo y hacinado con quinientos compañeros extraídos de lo más selecto de Bilbao y Vizcaya. Puedes suponerte las incomodidades físicas de

un régimen carcelario, cruel e inhumano en un sótano desapacible y oscuro, y los terribles sufrimientos morales en aquel antro que nos separaba de toda la vida y de todos nuestros seres queridos. Muchos de los que conmigo compartieron las estrecheces de la vida carcelaria murieron ya asesinados por los secuaces del "Mariscal Schuchard" ¡Caballeros de honor que rindieron su existencia sin proferir un lamento y reservando para un Viva España sus palabras postreras! ¡Todos ellos, presente y adelante, que algún día la Patria escribirá sus nombres con letras de oro!

Me sacaron de la prisión para situarme en Guernica a las órdenes del Director general de Seguridad de la flamante republiquita euzkadiana. El día del bombardeo, aprovechando la confusión salí de Guernica y me fui al monte, donde atravesando zonas que los rojos dominaban, pero que iban abandonando pude salir del infierno y establecer contacto con España. El batallón Argel del Ejército liberador fue lo primero que vi después de nueve meses de tiranía y sufrimientos. La emoción de aquellos momentos no es para reflejarla, a través de una máquina de escribir. Mi beso a la bandera española llevó tras sí todo el corazón y mis sentires más profundos. ¡Estaba salvado y con los míos! Después de presentarme al señor comandante que mandaba aquella tropa, entablé conversación con los soldados y di con algo que es quizá lo que más me ha impresionado de todo lo que voy viendo desde mi liberación: el espíritu verdaderamente sublime, heroico, unánime y arraigado del soldadito español. Yo que venía desorientado por una prensa falaz y canallesca que habla todos los días de la descomposición del ejército salvador y de la falta de moral en el soldado que lucha forzado, quedé maravillado al ver que no ya el falangista ni el requeté, voluntarios al fin y al cabo, sino el soldado a quien se ha movilizad para la guerra lleva en su alma un amor a España tan inmenso que combate alegre y muere orgulloso, proclamando sin reservas su adhesión a Franco, su cariño a una oficialidad benemérita y valiente y su compenetración con la gran causa nacional que habrá de reportar a las futuras generaciones una vida más justa, más ordenada y más amable.

¡¡¡El espíritu de la tropa, la moral del soldado!!! Este es el descubrimiento de mayor transcendencia de quien sale del terror marxista para abrazar a España. ¡Viva el soldado de España! Con tal Ejército, nuestra patria será una, grande y libre por encima de todos. Muchos abrazos de vuestro hermano, Antonio.



Fotos aldizkaria, 1937-5-8



El viejo idealista esperaba siempre el amanecer de España

A LOS 85 AÑOS ESTABA EN VÍSPERAS

Yo sabía que en Lequeitio existían los carlistas más viejos de España. Los tenía anotados hace tiempo en mi carne para hacerles una información. Cada año que pasaba me los iba dejando más en sazón, más viejecitos. Y ahora, cuando los rojos estaban en Lequeitio, me acordaba yo con angustia de mis viejos carlistas. ¿Me los habrán matado asos (sic) bárbaros?

No, no me los han matado. Al llegar a Lequeitio he buscado a Víctor Arroita y le he encontrado en Vísperas. ¡Tiene ochenta y cinco años y estaba en Vísperas! ¿En vísperas de qué? Otras personas, a los ochenta y cinco años solo están en vísperas de morir. Es lo contrario de lo que le ocurre a este viejo carlista de Lequeitio. Toda la vida de Víctor Arroita no ha sido más que la víspera de estos días de plenitud, que está viviendo ahora. Porque Dios le ha dejado llegar a ellos y ver esta primavera de boinas rojas, estaba hoy alabándole con los salmos de las Vísperas,

—¿Estuvo usted siempre seguro de que llegaría este triunfo?

—Cada día estaba más convencido, sobre todo desde que he visto a los otros de cerca. Esa gente no puede ir a ninguna parte. España dejaría de ser España, para que ellos fueran los amos.

—¿Qué guerra le parece a usted más dura, ¿esta o la que ustedes hacían?

—Los medios de combate que hay ahora son terribles. El estar una hora tendido en el suelo aguantando la metralla de los aeroplanos, tiene que ser peor que estar en el infierno. ¡Y esa vida de las trincheras inmóviles los soldados días enteros, con el agua hasta las rodillas! Eso es terrible. A mí la guerra así no me gusta. La nuestra era más bonita.

—¿En qué combates intervino usted?

—¡En tantos intervine! Yo estuve en el sitio de Bilbao, el año mil ochocientos setenta y tres.

CUANDO LA GUERRA TERMINE SEREMOS SIEMPRE AMIGOS

En la parroquia han terminado las vísperas.

—Mire usted —me dice Arroita— aquel señor que sale de la iglesia con los dos curas estuvo también en la guerra carlista. Si quiere usted, le llamo.

—Con mucho gusto le saludaré.

Arroita me ha presentado a Eguileor. Este viejecillo pulcro, enfundado en un gabán negro, tiene ochenta y seis años y fue en la guerra carlista del 73 al 76, abanderado del batallón Marquina, el tercero de los de Vizcaya. También estuvo en el sitio de Bilbao, pero tiene ya las fechas y los sucesos un poco revueltos en la cabeza. Tratando de ponerlos un poco en orden he estado mientras Arroita ha ido hasta casa para traer las cruces y medallas que conserva orgullosamente, ganadas en otras tantas acciones de guerra. Cuando regresa, hacemos a los dos viejos luchadores unas fotografías entre los pequeños flechas y requetés que les oyen, embobados, contar sus hazañas.

Los dos conservan muy bien la vista y la agilidad de las piernas, especialmente Arroita, a pesar de que es cojo y tiene que andar apoyándose en un bastón.

—¿Esa cojera es de una herida de la campaña, don Víctor?

—De la campaña precisamente no; pero, algo tiene que ver con ella.

Y Arroita nos cuenta un episodio que por la fruición con que lo recuerda, bien se ve que ha sido culminante en su vida.

—Yo —dice— fui uno de los que tomaron la casa Delmás en el campo de Volantín. Fui yo mismo el que la puse fuego. Este episodio del sitio de Bilbao ya casi nadie lo recuerda, pero tuvo entonces mucha resonancia.

En Churdinaga, cuando ya se había levantado el sitio tomé con mis hombres otra casa. Yo era sargento. Dentro de la casa hicimos prisioneros a veinticinco soldados del regimiento de Valencia, con un alférez graduado de teniente. Para cogerlos tuvimos que hacer un agujero en la pared, y por

allí los fuimos sacando uno a uno. Entre ellos había dos voluntarios vasos. Cuando estábamos sacando a los que faltaban, los dos voluntarios, en un descuido nuestro, hicieron fuego sobre nosotros y por poco nos matan. Mis soldados querían fusilarlos a todos allí mismo. No hubiéramos tenido ninguna responsabilidad, puesto que nos habían agredido, pero yo me opuse, porque no todos tenían la culpa. Entonces, el alférez se adelantó y me estrechó la mano.

—Eres un caballero —me dijo—. Quisiera poder agradecerle algún día con un gran favor este rasgo generoso. Me llamo Francisco Amayas Díaz, y pertenezco a una familia muy bien relacionada en Madrid. No te olvides de mi nombre y búscame si alguna vez me necesitas.

—Don Francisco —continúa Arroita— era un muchacho de mi misma edad. El tenía 18 años y yo, 19. Se veía luego que era de mucha nobleza y valentía, aunque no tuviera una complexión tan fuerte como la mía.

—Aunque ahora estamos en campos distintos —acabó diciéndome— yo quisiera que cuando termine la guerra fuéramos siempre amigos.

¡CORTA CUARENTA PALOS BIEN RECIOS!

Arroita continúa su historia.

—Llevamos a los prisioneros a Galdácano, donde tenía su cuartel el marqués de Valdespina. A los dos voluntarios les condenaron a morir en la plaza de Amorebieta. Yo mismo fui el encargado de llevarlos. Cuando llegamos al pueblo, el capitán Villachica dijo bien alto, para que lo oyeran los prisioneros.

—Arroita, corta cuarenta palos bien recios y avisa al alcalde que mañana se ejecutará a los reos.

—¿Los van a matar a palos? —pregunté.

—Esa es la sentencia. Yo no dije nada, pero me pareció algo fuerte. A la mañana siguiente estaba ya todo el pueblo en la plaza para presenciar la ejecución, cuando llegó un ordenanza del general, con un pliego mandando suspenderla. Todo había sido una simulación, y los reos quedaron indultados. A los otros prisioneros supe que los habían llevado a Peñaplata en los confines de Guipúzcoa y Navarra. Los tuvieron allí un año y sirvieron luego para el primer canje de prisioneros que hubo en la guerra. Tuvo lugar en el alto de Banderas, cerca de Bilbao. Entre los canjeados estaba el alférez don Francisco Amayas.

NO QUERÍA MORIRME SIN VOLVERTE A DAR UN ABRAZO

—Cuando terminó la guerra —dice Arroita— yo me casé y fui a vivir a Abadiano. Pasaron muchos años sin saber nada del alférez. Un día me dijeron que había entrado en la Guardia civil y que era capitán en Bilbao. También supe luego que varias veces había preguntado por mí a viejos conocidos. Como ninguno pudo darle noticias mías, pensaba ya que habría muerto en la guerra.

Pasó después mucho tiempo. Treinta y siete años habían ya transcurrido desde el día aquel cuando cogí prisionero en Churdinaga al alférez Amayas. El había hecho buena carrera. Era ya en Madrid jefe de la Guardia civil de toda España.

—¿Director general?

—Eso debía de ser.

—Yo seguía siendo carlista, como siempre, sin perder las esperanzas. Se hablaba por aquellos días de otro levantamiento y yo fui a engrasar mis fusiles. Tenía varios centenares de ellos escondidos en una grieta muy profunda del monte, adonde nadie bajaría por capricho. Yo bajaba y subía ya fácilmente. Pero aquel día lo hice con tan mala suerte, que rodé hasta el fondo. Allí me hubiera quedado por toda la eternidad, si uno de los amigos del mismo pueblo, que conmigo estaba en el secreto no se hubiese alarmado al ver que tardaba tanto en volver. Fue allá y me trajo a casa medio muerto. Varios días estuve entre la muerte y la vida. Hicimos correr la voz de que me había caído de un árbol trabajando en la huerta; pero fueron pocos los que lo creyeron. No faltó alguien que viera cómo mi amigo me bajaba del monte. Se encontraron las armas. Me iban a fusilar, seguramente...

Pero pasaron días y más días y nadie me molestaba.

Salí ya curado a la calle, cojeando un poco, y pude ver que ya apenas se hablaba del suceso. Noté también en los periódicos atrasados que pude leer, que en lo que de él se había hablado ni siquiera una vez se había escrito mi nombre. No podía yo explicarme aquel misterio. Estaba ya tan lejano de aquello de Churdínaga, que me costó mucho caer en la cuenta de que el director general de la Guardia civil era ahora aquel joven alférez...

Poco tiempo después vino don Francisco Amayas a Lequeitio, en un viaje oficial, con toda su plana mayor. Se hospedó en la fonda de Beitia, que estaba en aquel bar que hay allí, enfrente, cerca del puerto. En cuanto supe que había llegado fui a saludarle y a darle las gracias. Había salido y en la calle me lo encontré luego, ahí junto a la iglesia. Me adelanté hacia él con la boina en la mano.

—Supongo que eres Víctor Arroita, aunque no te he vuelto a ver desde aquel día —me dijo al verme llegar.

—Sí, señor; soy Arroita y vengo a darle las gracias.

—No me trates de usted ni me des las gracias de nada. Somos dos viejos amigos y no hubiera querido morir sin volver a darte un abrazo.

Y el público que presenciaba la escena se quedó haciendo cruces al ver cómo el director general de la Guardia civil abrazaba cordialísimamente a aquel peligroso carlista, al que pocos días antes iban a fusilar.

TRES DÍAS SOBRE LA CRUZ DE SAN NICOLÁS

Cuando Arroita acaba de contar su historia, me dice:

—Por allí viene Juan Daniel. También ese estaba esperando la vuelta. Y tiene mucho que contar. Precisamente conozco a Juan Daniel. Era otro de los que yo me acordaba cuando los rojos estaban en Lequeitio. Le conozco desde hace dos años, cuando me contó un día cómo naufragó el año de 1912, un día 12 de agosto por la noche, y estuvo sosteniéndose en el agua, sobre una cruz de San Nicolás que hizo con dos palos y un chicote, hasta el día 15 por la mañana en que le recogió un Mamelena. Tres compañeros que con él estaban desaparecieron, dejándose caer al agua cuando ya estaban agotados de fatiga y no podían resistir los golpes de las olas. Juan Daniel rezaba un Padrenuestro por el alma del que caía y seguía esperanzado, resistiendo siempre...

—Lo que más me angustiaba —dice Juan Daniel— era la sed y el sueño. Cuando ya no podía sostenerme sentado, me tendía sobre el cruce de los dos maderos. Las gaviotas se me posaban encima, esperando a que me muriera para comerme los ojos.

—¿Y cómo llegaste a ser patrón de la gasolinera de don Alfonso?

—Pues por esto que estoy contando. Cuando me cogieron los del "Mamelena", me reanimaron con un cuartillo de vino mezclado con ron, en partes iguales. Luego me llevaron a San Sebastián, a la fonda de Pedro Calzacorta. El médico que me visitó dijo que está muy debilitado y que había que darme de comer muy poco a poco. Un vasito de leche cada tres horas. Yo decía para más adentro: "Ahora es cuando me matan". Cuando se marchó el doctor, llamé a la criada y le dije:

—Tráeme ahora mismo una chuleta y un cuartillo de vino.

—¡Por Dios, que ha dicho el médico que no te demos nada de comer, que si te lo damos, te mueres!

—Yo no tengo nada. Si no me das ahora mismo de comer, me visto y me voy a una taberna a comerme lo que me dé la gana. Convencí a la muchacha y me traje, debajo del delantal, la chuleta y el vino. Me supo a gloria. Poco después volvió el médico y me tomó el pulso.

—Esto va muy bien —me dijo— sigue con la leche. Si dentro de dos días continúas mejorando, te daremos ya un poco de caldo y un vasito de vino.

Al cuarto día —continúa Juan Daniel— me mandó llamar doña María Cristina. Me hizo que le contara todos los detalles del naufragio. Luego me llamó don Alfonso y lo tuve que contar otra vez "Bien, muchacho, bien; eres un valiente", me decía a cada momento. Mandó que me trajeran un caldo con seis yemas de huevo y una botella de Jerez. Yo apenas me atrevía a tomarlo delante de él. "Come, hombre, come, como si estuvieras en tu casa".

Don Alfonso —dice Juan Daniel— quiso que me quedara de jardinero en el palacio de Miramar. "Yo, señor, de eso de flores no entiendo nada". Le hizo gracia la contestación y, entonces, pensó, que podía quedarme de patrón en la "Fa-Kun-Tuzin". En ella estuve hasta que vino la República.

—¿Qué jornal ganabas?

—Me daban diez pesetas en verano y cinco en invierno. Pero en invierno no tenía nada que hacer y lo pasaba en Lequeitio, dedicándome a lo que quisiera.

fotos

Los DOS VIEJOS

A LOS 81 AÑOS ESTABA EN VIGPERAS

—Con mucho gusto le saludaré. Arroita me ha presentado a don J. Egaiten. Este varoncillo parece, en un gabán negro, firma ochenta y seis años, pero tiene ya las facetas y los pliegos un poco arrugados en la cabeza. Tratando de ponerle un poco en orden he estado en/entras Arroita ha

YO había que en Lequeitio existían los carlistas más viejos de España. Los tenía entonces hace tiempo en mi casa, para hacerle una información. Cada año que pasaba me los iba dejando más en edad, más viejecitas. Y ahora, cuando los rojos sacaban en Lequeitio, por aquellos yo con aquella de mis viejos carlistas, ¿Me los habrían matado esos bárbaros?

No, no me los han matado. Al llegar a Lequeitio he tratado a Víctor Arroita y le he encontrado en Vigperas. (Tiene ochenta y cinco años y estaba en Vigperas) ¿En vigperas de qué? Otras personas, a las ochenta y cinco años se o cían en vigperas de montes. No, lo contrario de lo que le ocurre a este viejo carlista de Lequeitio. Toda la vida de Víctor Arroita no ha sido más que la vigpera de estos días de plenitud, que está viviendo ahora. Porque Dios, le ha dejado llegar a ellos y ver esta primavera de boinas rojas, estaba hoy hablando con los amigos de las Vigperas.

—¿Estará usted siempre seguro de que llegaría a los treinta?

—Esta día estaba más convencido, sobre todo desde que he visto a los otros de cerca. Esa gente no puede ir a ninguna parte. España dejaría de ser España, para que ellos fueran los amos.

—¿Qué guerra le parece a usted más dura, ésta o la que ustedes hacen?

—Los medios de combate que hay ahora son terribles. El estar una hora tendido en el suelo aguantando la metralla de los aviones, tiene que ser peor que estar en el infierno. Y esa vida de las trincheras inmediatas los soldados días, entran, con el agua hasta los rodillales. Eso es terrible. A mí la guerra así no me gusta. La guerra era más bonita.

—¿En qué combates intervino usted?

—En tantos intervine! Yo estuve en el sitio de Bilbao, el año mil ochocientos setenta y tres.

CUANDO LA GUERRA TERMINE HEREMOS SIEMPRE AMIGOS

En la parroquia han terminado las vigperas.

—Mire usted —me dice Arroita— aquel señor que sale de la iglesia con los dos curas estuvo también en la guerra carlista, ni quiere usted, le llamo



ido hasta casa para traer las cruces y medallas que conserva orgullosamente, guardadas en otras tantas ocasiones de guerra. Cuando regresa, ha-cerme a los dos viejos luchadores unas fotografías entre los pequeños flecos y respaldos opín, embobados, contar sus historias.

Los dos conservan muy bien la vida y la salud, especialmente Arroita, a pesar de que y tiene que andar apoyándose en un bastón.

—¿Son cojeras es de una herida de la campaña?

—De la campaña precisamente no; pero algo ver con ella.

Y Arroita nos cuenta un episodio que por lo que se lo recuerda, bien se ve que ha sido culm su vida.

—Yo —dice— fui uno de los que tomaron la casa en el campo de Volzatin. Fue yo mismo el que fuego. Ese episodio del sitio de Bilbao ya, casi no guarda, pero tuvo entonces mucha importancia.

En Churdínaga, cuando ya se había levantado

Por Dios y por la Patria. En la herencia de la Iglesia de Lequeitio se ha reanuda de el culto que abolieron las herencias rojas

CARLISTAS DE LEQUETIO

Y

Yo, tomé con mis hombres otra vez. Yo era capitán. Dentro de la casa hicimos prisioneros a veintidós soldados del regimiento de Valencia, con un alférez graduado de teniente. Para, cogieron tuvieron que hacer un agujero en la pared, y por allí los fuimos sacando uno a uno. Entre ellos había dos voluntarios vascos. Cuando estábamos sacando a los que faltaban, los dos voluntarios, en un descuido nuestro, hicieron fuego sobre nosotros y por poco nos matan. Mis soldados querían fusilarlos a todos

fotos



Al puertecillo de Lequetio, dormido en el remanso verdor de sus aguas ha vuelto la paz cuando los rejos han huido

Foto
do en
libro y
nada
de las
de RI-



allí mismo. No habríamos tenido ninguna responsabilidad, puesto que nos habían agredido, pero yo me opuse, porque no todos tenían la culpa. Entonces, el alférez se adelantó y me estrucó la mano.

—Eres un caballero —me dijo—. Quisiera poder agradecerle algún día con un gran favor este rasgo generoso. Me llamo Francisco Amaya Díaz, y pertenezco a una familia muy bien relacionada en Madrid. No se olvide de mi nombre y búsqueme si alguna vez me necesitan.

—Don Francisco—continúa Arrota—era un muchacho de mi misma edad. Él tenía 18 años y yo, 19. Se veía luego que era de mucha nobleza y valentía, aunque no tuviera una complexión tan fuerte como la mía.

—Aunque ahora estamos en campos distintos—acabó diciendo—yo quisiera que cuando termine la guerra fuéramos siempre amigos.

¡CORTA CUARENTA PALOS BIEN RECIOS!

Arrota continúa su historia.

—Llevamos a los prisioneros a Oaldácano, donde tenía su cuartel el marqués de Valdeoltra. A los dos voluntarios los condenaron a morir en la plaza de Amorebieta. Yo mismo fui el encargado de llevarlos. Cuando llegamos al pueblo, el capitán Villalobos me dijo bien alto, para que lo oyeran los prisioneros:

—Arrota, sería cuarenta palos bien recios y avisa al alcalde que mañana se ejecutará a los reos.

—Los van a matar a palos—pregunté.

—Esa es la sentencia. Yo no dije nada, pero me pareció algo fuerte. A la mañana siguiente estaba ya todo el pueblo en la plaza para presenciar la ejecución, cuando llegó un ordenanza del general, con un pliego mandando suspenderla. Todo había sido una simulación, y los reos quedaban indultados. A los otros prisioneros supo que los habían llevado a Peñaplatá, en las montañas de Guipúzcoa y Navarra. Los tuvieron allí un año y sirvieron luego para el primer sanje de prisioneros que hubo en la guerra. Tuvo lugar en el alto de Barderas, cerca de Bilbao. Entre los cañados estaba el alférez don Francisco Amaya.

NO QUERIA MORIRME SIN VOLVERTE A DAR UN ABRAZO

—Cuando terminó la guerra—dice Arrota—yo me casé y mi fui a vivir en Aoldácano. Pasaron muchos años sin saber nada del alférez. Un día me dijeron que había entrado en la Guardia civil y que era capitán en Bilbao. También supe luego que varias veces había preguntado por mí a varios conocidos. Como ninguno pudo darme noticias más, pensaba ya que habría muerto en la guerra.

Pasó después mucho tiempo. Treinta y siete años habían ya transcurrido desde el día aquel cuando con próspero en Charidinea al alférez Amaya. Él había hecho buena carrera. Era ya en Madrid jefe de la Guardia civil de toda España.

—¡Díjeme general!

—Eso debía de ser.

—Yo seguía siendo carlista, como siempre, sin perder las esperanzas. Se hallaba por aquellos días de otro levantamiento y yo fui a engrosar mis fuerzas. Tenía varios compañeros de otros conoci-

¡Oh recuerdos, ensueños y alegrías, hinchas y simonetas de los años mozos Víctor Arrota evoca ante sus amigos las hazañas guerreras de sus juventud!

"Dejad que los niños se acorquen a mí". Los viejos idealistas ven hoy sus esperanzas logradas en estos pequeños flechas y pelayos

JUAN DANIEL el pescador náufrago

UNA PESCA MILAGROSA EN LA BAHÍA

—¿Lo pasabas bien en verano, Juan Daniel?

—No lo pasaba mal, en San Sebastián y en Santander. Como el príncipe y los infantes eran todavía niños, jugaban mucho conmigo en la gasolinera. Un día, el príncipe de Asturias dijo que tenía ganas de pescar langostas.

—Mañana las pescaremos —le dije—. En la Concha no había langostas, claro está, pero las había en el mercado. Compré diez y tres o cuatro “bisheras”. Puse las nasas que teníamos que recoger al día siguiente, y en cada una, dos o tres langostas distribuidas con las “bisheras”. Estaba yo por la mañana en la gasolinera esperando a que llegaran los infantes, cuando vi horrorizado que con ellos venían don Alfonso y doña Victoria y no sé cuantos señores más con uniforme de marino. Pero ya no había más remedio que seguir la comedia. Llegamos a la primera nasa. Empecé a levantarla, haciendo como que la tanteaba. Dije muy serio: “Me parece que aquí hay una”. ¡Si lo sabría yo! En la segunda, la misma operación: “Aquí no hay ninguna”. El asombro general fue cuando llegamos a la tercera: “Esta pesa mucho. Aquí debe haber lo menos tres. Y si hay dos, una tiene que ser de las verdes”. Los infantes estaban entusiasmados. Doña Victoria decía: “¡Pero qué buen ojo tiene este Juan Daniel! ¡Es un gran pescador!”.

Yo no sabía ya qué hacer. Me parecía que les estaba dando un timo demasiado grande. Aprovechando que don Alfonso se quedó un poco alejado de los demás, le confesé lo que había hecho. En lugar de enfadarse, lo tomó a risa:

—¡Calla, calla, que eso tiene mucha gracia! Los chicos lo están pasando muy bien y nosotros nos vamos a reír mucho de estos grandes marineros, que no saben dónde se pescan las langostas. Yo ya me estaba sospechando lo que habías hecho. Que te den luego el dinero que te han costado.

Después supe que les había dado muchas bromas a costa de nuestra pesca milagrosa, a don Enrique Careaga y (sic) a los otros que venían con él.

—Pasó luego bastante tiempo y un día que cruzábamos en la gasolinera por el mismo sitio de la pesca de aquel día, yo lo pregunté al príncipe de Asturias:

—¿Se acuerda vuestra alteza de las langostas que pescamos aquí aquella mañana?

—Ya lo creo que me acuerdo.

—Bien hermosas eran ¿eh?

—Y bien nos engañaste tú, granuja. Ya sé, ya, que fuiste tú el que las puso.

A mí me cogió de sorpresa tu contestación, porque aún no sabía que estuviesen ellos enterados. Le pregunté quién se lo había contado; pero él no quería decírmelo.

—¡Ah, tonto! —me contestaba él—. Fuimos nosotros los que te dimos a ti la broma. De sobra sabíamos que tú mismo habías puesto las langostas por la noche. Nos hacíamos los ignorantes, por ver cómo la gozabas.

Claro que esto no era verdad y me lo decía solo por desquitarse. Me costó bastante hacerle confesar que el que les había descubierto el engaño era Careaga.

Juan Daniel conserva un verdadero arsenal de historias de esta clase. Y guarda los mejores recuerdos de sus aristocráticos señores.

Cuando ellos se marcharon, Juan Daniel quedó en la mayor desolación. Era ya viejo para volver a las luchas con el mar, y aquel estipendio le aseguraba una vejez tranquila, la rencorosa República del 14 de abril se lo quitó para siempre, sin consideración a sus años.

Hoy Juan Daniel, aunque los rojos le llevaron un hijo, está contento, porque Lequeitio está ya libre ellos y presente (sic) que vuelve a amanecer.

J. DE H.



Donostiateka
donostia.eus/DonostiaKultura/
donostiateka/?locale=es

Juan de Hernani kazetaria Juan
Daniel Eскурzarekin
Lekeitioko portuan.
Estampa aldizkaria, 1936-6-29



fotos

Las barcas que no pudieron llevarse los rojos en su huida, esperan los restos españoles.

viendo un poco, y puede ver que ya apenas se hablaba del suceso. Noté también en los periódicos atomados que puede leer, que en lo que de él se había hablado ni siquiera una vez se había escrito mi nombre. No podía yo explicarme aquel misterio. Estaba ya tan lejano de aquello de Churruarín, que me costó mucho caer en la cuenta de que el director general de la Guardia civil era ahora aquel joven alférez...

Poco tiempo después vino don Francisco Amayas a Lequeitio, en un viaje oficial, con toda su planta mayor. Se hospedó en la fonda de B. R. A., que estaba en aquel lugar que hay allí enfrente, cerca del puerto. En cuanto supe que había llegado fui a saludarle y a darle las gracias. Había salido y en la calle me lo encontré luego así junto a la iglesia. Me adelanté hacia él con la buena en la mano.

—Supongo que esta Victor Arrota, aunque no te he vuelto a ver desde aquel día —me dijo al verme llegar—.

—Sí, señor; soy Arrota y vengo a darle las gracias.

También yo, a tu edad, llevaba la boina roja, símbolo de la santa cruzada.

El día en una grieta muy profunda del monte, adonde nadie bajaba por capricho. Yo bajaba y subía ya fácilmente. Pero aquel día lo hice con tan mala suerte, que caí hacia el fondo. Allí me hubiera quedado por toda la eternidad, si uno de los amigos del mismo puesto, que conmigo estaba en el secreto, no se hubiese alarmado al ver que tardaba tanto en volver. Fue allá y me lanzó a casa medio muerto. Varios días es-



Hernani y Pelayon escuchan a los viejos luchadores cuando les hablan.

—No me trataba de usted ni me des las gracias de nada. Somos dos viejos amigos y no hubiera querido morir sin volver a darle un abrazo.

Y el público que presenciaba la escena se quedó la ciencia ciega al ver cómo el director general de la Guardia civil abrazaba conmovidamente a aquel peligroso carista, al que pocos días antes iban a fusilar.

TRES DIAS SOBRE LA CRUZ DE SAN NICOLAS

Cuando Arrota acaba de cocilar su historia, me dice:

—Por allí viene Juan Daniel. También me estaba viendo la vuelta. Y tiene mucho que contar.

Proclaméme conocido a Juan Daniel. Era otro de los que yo me acordaba cuando los rojos estaban en Lequeitio. Le conocí desde hace dos años, cuando me con-

un día cómo naufragó el año 1915, un día 11 de agosto por la noche, y estuvo acostándose en el agua, sobre una cruz de San Nicolás que hizo con dos paños y un chicle, hasta el día 13 por la mañana, en que le recogió un Marplatense. Tres compañeros que con él estaban desaparecidos, debieron caer al agua cuando ya estaban agitados de frío y no podían recibir los socorros de sus días. Juan Daniel manda un Padremestre por el alma del que está y segura esperanzado, resistiendo siempre.

—Lo que más me angustiaba—dice Juan Daniel—era la sed y el frío. Cuando ya no podía soportar más, me tumbé sobre el cruce de los dos maderos. Las gaviotas se me posaban encima, esperando a que me mirara para comérselo los ojos.

—Y cómo llegaste a ser patrón de la goletina de don Alfonso?

—Pues por esto que estoy contando. Cuando me cogieron los del "Mamotena", me reunieron con un cuartillo de vino mezclado con vin, en partes iguales. Luego me llevaron a San Sebastián, a la fonda de Pedro Calzadilla. El médico que me visitó dijo que está muy debilitado y que había que darle de comer muy poco a poco. Un vaso de leche cada tres horas. Yo decía para mí adentro: "Ahora es cuando me matan". Cuando se marchó el doctor, llamó a la criada y le dijo:

—Tráeme ahora mismo una chuleta y un cuartillo de vino.

—Por Dios, que ha dicho el médico que no te demas nada de comer, que si te lo damos, te muera!

—Yo no tengo nada. Si no me das ahora mismo de comer, me visto y me voy a una taberna a comerme lo que me dé la gana.

Convencí a la muchacha y me traje, debajo del chalita, la chuleta y el vino. Me sirvo a gloria. Poco después volvió el médico y me tomó el pulso.

—Eso va muy bien—me dijo—sigue con la leche. Si dentro de dos días continas mejorando, te daremos ya un poco de caldo y un vaso de vino.

Al cuarto día—continó Juan Daniel—me mandó llamar doña María Cristina. Me hizo que le contara todos los detalles del naufragio. Luego me llamó don Alfonso y se lo tuve que contar otra vez. "Bien, muchacho, bien; eres un valiente", me decía a cada momento. Mandó que me trajeran un caldo con soda y unas yemas de huevo y una botella de Jerez. Yo apenas me sirvió a tomáelo delante de él. "Comer, hombre, comer, como si estuvieras en tu casa".

Don Alfonso—dice Juan Daniel—quiso que me quedara de jardinero en el palacio de Miramar. "Yo, señor, de eso de flores no entiendo nada". Lo hizo gracia la constatación y, entonces, pensó que podía quedarme de patrón en la "Pa-Kan-Turin". En ella estuve hasta que vino la República.

—¿Qué jornal ganabas?

—Me daban diez pesetas en verano y cinco en invierno. Poco en invierno me tenía para hacer y lo pasaba en Leguillito, dedicándome a lo que quisiera.



UNA PESCA MILAGROSA EN LA BAHIA

—¿Lo pasabas bien en verano, Juan Daniel?

—No lo pasaba mal, en San Sebastián y en Santander. Como el príncipe y los infantes eran todavía niños, jugaban mucho conmigo en la goletina. Un día, el príncipe de Asturias dijo que tenía ganas de pescar langostas.

—Mañana las pescaremos—le dije—. En la Corcha no había langostas, claro está, pero las había en el muelle. Cogí tres o cuatro "cisternas". Puse las nallas que usábamos que recoger al día siguiente, y en cada una, dos o tres langostas distribuidas con las "biberas". Estaba yo por la mañana en la goletina esperando a que ligaran los infantes, cuando vi horrorizado que con ellos venían don Alfonso y doña Victoria, y no sé cuántos señores más con uniforme de marino. Pero ya no había más remedio que seguir la comitiva.

Llegamos a la primera rama. Empecé a levantarla, haciendo como que la tanteaba. Dijo muy serio: "Me parece que aquí hay una". ¡E! lo fabrica



Yo era abanderado del batallón de Marquina cuando a ti te faltaban todavía muchos años para morir

yo! En la segunda, la misma operación: "Aquí no hay ninguna." El acorazado general fué cuando llegamos a la tercera. "Esa pesa mucho. Aquí debe haber lo menos tres. Y si hay dos, una tiene que ser de las verdes". Los infantes estaban emocionadísima. Doña Victoria decía: "(Pero qué hora es ya, está Juan Daniel! Es un gran pescador!"

Yo me abía ya qué hacer. Me parecía que los estaba dando un timo demasiado grande. Aprovechando que don Alfonso se quedó un poco alejado de los demás, le confesé lo que había hecho. En lugar de enfadarme, lo tomó a risa.

—Calla, calla, que eso tiene mucha gracia! Los chicos lo están pasando muy bien y nosotros nos vamos a reír mucho de estos grandes marinos, que no saben dónde se pescan las langostas. Yo ya me estaba sospechando lo que había hecho. Que te den luego el dinero que te han estado.

Después supo que les había dado muchas bromas a costa de nuestra gracia milagrosa, a don Enrique Carraga y a los otros que venían con él.

Pasó luego bastante tiempo y un día que crucábamos en la goletina por el mismo sitio de la pesca de aquel día, yo le pregunté al príncipe de Asturias:

—¿Se acuerda vuestra alteza de las langostas que pescamos aquí aquella mañana?

—Ya lo creo que me acordó.

—¿Eran hermosas gran ¿eh?

—Y bien nos ocupaste tú, granaja. Ya sé, ya, que fílate tú el que las pescó.

A mí me cogió de sorpresa la contestación, porque aún no había que estuvieran ellos enterados. Le pregunté quién se lo había contado; pero él no quería decirme.

—¡Ah, tonto!—me contestaba él—. Fuimos nosotros los que te dimos a ti la buena. De sobra sabemos que tú mismo habías puesto las langostas por la noche. Nos hacíamos los ignorantes, por ver cómo lo ganabas.

Claro que eso no era verdad y me lo decía sólo por desquitarme. Me costó bastante hacerle confesar que él que les había descubierto el engaño era Carraga.

...

Juan Daniel conserva un verdadero amor a lo que quisiera.



fotos

historias de esta clase. Y guarda los mejores recuerdos de sus años de infancia.

Cuando ellos se marcharon, Juan Daniel quedó en la mayor desolación. Era ya viejo para volver a las luchas con el mar, y aquel estúpido que le seguía una vez tranquila, la retorcida República del 14 de abril le lo quitó para siempre, sin consideración a sus años.

...

Hoy Juan Daniel, aunque los ojos le llevaron un hijo, está contento, porque Leguillito está ya libre de ellos y presiente que vuelve a amanecer.

...

J. DE H.

La tropa de Flechas y Requetés de Leguillito agobian a preguntas a los viejos luchadores que les refieren historias de sus años mozos. (Foto MORENES)



Juan Daniel, mirando al mar, que quiso tragárselo, tiene todavía aire de reto